

HOMILÍA, CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA
S.E. JOSÉ TOLENTINO CARDENAL DE MENDONÇA
PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN
ASAMBLEA GENERAL DE LA FIUC, GUADALAJARA, MÉXICO
28 de julio de 2025 – Lunes de la XVII Semana del Tiempo Ordinario

Al leer los Evangelios podemos constatar con facilidad que, cuando nuestro Señor quiso comunicar a sus oyentes algo importante o transmitirles alguna enseñanza significativa, utilizó un recurso pedagógico que conocemos como “parábola”. Las parábolas son un juego comunicativo muy serio que consiste en esto: la presentación de un escenario de absoluta normalidad en donde un personaje realiza una acción sorprendente, que transforma el modo ordinario de pensar. Estar atentos a los detalles es, por tanto, de suma importancia, porque es precisamente ahí que se juega el cambio de perspectiva, la conversión de mentalidades, donde se sobrepasará la simple lógica del mundo, nuestra lógica rutinaria y habitual, para hacer surgir la sorpresa de la lógica de Dios.

Jesús contó ciertamente parábolas para revelar verdades profundas, de manera que todos las pudieran entender, porque quería involucrar a todos en una dinámica de conversión. Contó parábolas para dar a conocer el misterio del Padre misericordioso, cambiando nuestra mirada, iniciándonos en la dinámica misma del Reino de Dios, como en el caso del evangelio de hoy: *“El Reino de los Cielos es semejante a una semilla de mostaza... el Reino de los Cielos se parece a un poco de levadura...”*.

En estas comparaciones, la primera pregunta que surge necesariamente es: ¿Qué es lo parecido entre el grano de mostaza o el poco de levadura y el Reino de los Cielos? ¿En qué son semejantes a él? La exégesis bíblica tradicional nos enseña que la referencia al “árbol de mostaza” y a la “totalidad de la masa fermentada”, son una forma de ilustrar el potencial de crecimiento y la expansión del Reino a

partir de algo pequeño. El Reino de Dios se caracteriza por su fuerza y su universalidad. La fuerza reside en su poder transformador y la capacidad de superar cualquier obstáculo, mientras que la universalidad implica que él está destinado a todos los pueblos y naciones, sin distinción alguna. Todos nosotros tenemos esta experiencia en nuestras universidades. La mayoría de las veces nacen como embriones frágiles, con pocos departamentos, teniendo dificultad para dar los primeros pasos. Es necesario fe y pasión para hacer crecer una universidad. Muchas dosis de confianza, de entrega a la providencia, esperando que el milagro, que supera nuestras fuerzas, acontezca. Y, de verdad, el milagro se da, porque miramos nuestras universidades crecer, venciendo dificultades, revelando su potencial de bien, al servicio de la persona humana. Esto nos consuela cuando nos sentimos frágiles y nos vuelve humildes cuando nos juzgamos fuertes.

Sin embargo, me gustaría que dirigiéramos nuestra atención hacia un segundo aspecto que también está presente en ambas parábolas, y que nos viene bien por el contexto que vivimos. Es importante notar que el “grano de mostaza” o el “poco de levadura” sin la acción de ser sembrado o de ser mezclada, no cambiaría nada en la semilla, ni agregaría nada al producto. En otras palabras, —y como literalmente lo dice el texto evangélico— es necesario que un hombre lo siembre, es necesario que una mujer la mezcle.

En este sentido, ambas parábolas no sólo pretenden destacar el grano de mostaza en sí, o la levadura, y resaltar su potencialidad o su universalidad, sino que también ponen en evidencia la acción del hombre y la mujer. Y es que, imaginemos un grano de mostaza guardado en un recipiente: no serviría de nada. Seguramente se perdería, malográndose su potencialidad. O bien, pensemos en la levadura, guardada en la alacena, sin entrar jamás en contacto con la harina. Quedaría siempre así, inútil, incapaz de actuar toda su fuerza. Pero, si en cambio se toma el grano o la levadura y se siembra o se mezcla, entonces el proceso cumplirá su fin y

los efectos se verificarán. Esto me ofrece la oportunidad para agradecer su acción, su gran compromiso con sus comunidades académicas y con el sistema universitario de la Iglesia. Una de las páginas más bellas de la Iglesia contemporánea es aquella que ustedes, mujeres y hombres de ciencia, acompañados por sus pastores, escriben en el presente. Ciertamente, en épocas pasadas, la Iglesia tuvo importantes escuelas y universidades. La institución universitaria tiene más de mil años. Pero nunca, como ahora, la Iglesia pudo contar con tantas universidades, más de mil setecientas, en todo el mundo. Esto solo es posible gracias a que ustedes escriben una historia, la cual no tengo dudas en definir, como una historia de santidad. Porque buscar la ciencia es buscar la verdad. Y quien busca la verdad, con los demás encuentra la llamada al amor y al servicio generoso. Hoy, queridos rectoras y rectores, queridos representantes de nuestras universidades, quisiera agradecer a Dios y rezar por cada una, por cada uno de ustedes, por sus familias, los proyectos que representan. Es fundamental que caminemos juntos, haciendo red, potenciando los dinamismos de comunión, abrazando prácticas de ayuda mutua y colaboración. Solo ganaremos el futuro volviéndonos más fraternos, soñando juntos, esbozando nuevas coreografías culturales.

Finalizo mi propuesta de meditación, subrayando un tercer elemento de estas parábolas de Jesús, un elemento quizás inesperado. Empecé recordando que las parábolas de Jesús quieren transformar nuestra visión de las cosas, haciéndonos salir de la percepción común que tenemos de la vida y de sus prioridades. Pensemos un poco en estas dos pequeñas parábolas. Sabemos, por ejemplo, que los agricultores hacen de todo para alejar a los pájaros de sus campos, porque ponen en riesgo las semillas. Pues bien, este agricultor de la parábola siembra un arbusto, el grano de mostaza, que, por el contrario, atrae hacia sí, a todos los pájaros del cielo. En la otra parábola tenemos también un elemento que provoca perplejidad. Sabemos que el pan puro es el pan sin levadura, que se usaba para el uso litúrgico –como en la

actualidad—. En la tradición hebrea la levadura era considerada una cosa impura, no adecuada al mundo de lo sagrado. Jesús, al contrario, afirma que el Reino de Dios es como eso, quiere decir que el Reino de Dios va más lejos de nuestras fronteras y prejuicios. Entonces, estas parábolas, en su aparente brevedad, nos dicen tanto. Dicen que amar no es habitar en el conformismo, ni entregar el volante de la historia al miedo.

Un educador sabe que tiene que arriesgar, pues, sin la capacidad de abrazar el riesgo no descubriremos jamás la fecundidad propia del Reino de Dios. Nuestras universidades no pueden ser estacionamientos de viejas certezas, repeticiones o discursos. ¡No podemos faltar a la llamada de la historia! Tenemos, sí, que asociar, con arte y sabiduría, tradición e innovación, identidad y camino, profundidad de visión retrospectiva y mirada atenta y esperanzadora de los signos de los tiempos. Para escribir el futuro en el presente, como nos recuerda Papa León XIV, «el Espíritu es el primero que debemos escuchar... Escucharlo en la voz del hermano, en el discernimiento de la comunidad». Caminemos juntos. Y aún más: caminemos unidos. Aprendamos a confiar los unos en los otros. Aprendamos a esperar.

Como en el caso de nuestro evangelio hodierno, la vida y las relaciones necesitan de la lentitud y la paciencia del labrador que siembra, o de la mujer que mezcla, y que esperan, antes de obtener los frutos de su esfuerzo. Quizás hoy necesitaríamos decirnos a nosotros mismos y a los demás, que esperar no es necesariamente una pérdida de tiempo. Quien no acepte, por ejemplo, la imposibilidad de satisfacer inmediatamente un deseo, difícilmente llegará a saber lo que es un deseo —o, por lo menos, un gran deseo—. Quien no tenga la paciencia para esperar a que germine la semilla, jamás experimentará la alegría de verla florecer y el gozo de saborear sus frutos. La universidad católica, como realidad nacida del corazón de la Iglesia, está llamada, por tanto, a amar conservando, custodiando y

transmitiendo los saberes, o una interpretación de los saberes, que conducen al hombre hacia Dios y que, al mismo tiempo, lo ennoblecen.

No podría concluir mi homilía en este día, en el que estamos inaugurando los trabajos de la Vigésimoctava Asamblea General de la FIUC, bajo el lema “*Universidades católicas como coreógrafas del conocimiento*”, sin evocar las hermosas palabras que nuestro Santo Padre León (catorce) XIV pronunció el pasado 18 de mayo, en la misa de inicio de su pontificado, palabras que bien podrían constituir un nuevo manifiesto para nuestras universidades. Dijo: «Nosotros queremos decirle al mundo, con humildad y alegría: ¡miren a Cristo! ¡Acérquense a Él! ¡Acojan su Palabra que ilumina y consuela! Escuchen su propuesta de amor para formar su única familia: *en el único Cristo, nosotros somos uno*. [...] juntos, unidos entre nosotros, [...] con todas las mujeres y los hombres de buena voluntad, para construir un mundo nuevo donde reine la paz»¹.

Que María, nuestra Madre, bajo su advocación de Nuestra Señora de Zapopan, interceda por nosotros, nos cubra con su manto y nos conceda siempre su protección.

¡Que así sea!

¹ LEÓN XIV, *Homilía con motivo del inicio del ministerio petrino del Obispo de Roma*, 2025.